



El más bello declive
Una antología rescata
la obra de los maestros
del decadentismo

PÁGINA 9



Texto e imagen
La vieja fotonovela y su
inesperada influencia
en el arte contemporáneo

PÁGINA 10

Babelia

Nº 1.363
SÁBADO
6 DE ENERO
DE 2018

EL PAÍS



Literatura a la carta

Puede que la
correspondencia
tradicional haya pasado
a mejor vida, pero
el género epistolar
goza de un auténtico
'boom'. ¿Por qué nos
interesa tanto hurgar
en los buzones de los
escritores?

De arriba abajo,
Camilo José Cela
y Rosario Conde;
Pedro Salinas y Jorge
Guillén; Rosalía de
Castro y Manuel
Murguía, y Virginia
Woolf y Lytton
Strachey.

EN PORTADA

POR ANNA CABALLÉ

La reciente publicación de dos importantes epistolarios —*Cartas a Mercedes*, del novelista murciano Miguel Espinosa, y las cartas cruzadas entre Gerardo Diego y Juan Larrea entre 1916 y 1980—, así como la traducción de la correspondencia íntegra, sin cortes, de Virginia Woolf con Lytton Strachey, nos permite reflexionar, una vez más, sobre el interés emergente de las correspondencias en el seno de la cultura española. Bienvenido sea, pues sabemos que no siempre fue así. De hecho, hasta fechas recientes las cartas, así como otra documentación autobiográfica —archivos, diarios, notas personales, borradores, manuscritos—, fueron papeles que tenían una dimensión estrictamente erudita, cuando la tenían, sin que se comprendiera su enorme alcance testimonial, biográfico y tantas veces literario.

Pero la función principal de la carta ha sido siempre la comunicación. Alguien tiene algo que decir a otra persona y ese es el motivo que permite establecer una correa de transmisión gracias a la cual la distancia geográfica o la distancia psíquica logran superarse. Hasta la llegada del teléfono las cartas iban y venían constantemente, de una calle a otra de la misma ciudad, de una ciudad a otra, de un país a otro, de uno a otro imperio... Era el único modo eficaz de ponerse en contacto y, como ahora ocurre con el correo electrónico o las redes sociales, la gente ocupaba una parte significativa de su tiempo para mantener al día su correo. En la medida en que las cartas tienen un destinatario concreto, indicado, bien en los mismos pliegues del papel (procedimiento habitual cuando la carta se entregaba en mano), bien en el sobre, su contenido depende de a quién se dirigen. Es la naturaleza de la relación entre los correspondientes la que condiciona el contenido, el estilo y el mundo de afectos que se construye sobre el papel.

Dicho esto, es evidente que, aunque la carta esté condicionada por el destinatario y por la relación contraria con él, hay mucho que decir del remitente. Américo Castro, cuando escribe a su amigo Guillermo Díaz-Plaja, poco antes de morir, le dice que, solo y aislado en un hotel de Playa de Aro, la carta es su única forma de poder tocar todavía el mundo. Muy al contrario, Ignacio de Cepeda le pedía discreción y reserva a Gertrudis Gómez de Avellaneda en 1840 cuando esta intentaba seducir al joven y pacato sevillano a través de unas valientes y al mismo tiempo estudiadas cartas autobiográficas: la escritora cubana estaba convencida de que Cepeda se enamoraría de ella a poco que conociese la nobleza de sus sentimientos. Pero no fue así: descubrir que era una intelectual aficionada a reflexionar sobre su mundo le asustó indeciblemente. Por una poca frecuente, entonces, decisión de los descendientes de Cepeda, se conserva aquella interesante correspondencia, aunque solo del lado de la autora cubana. Nadie se preocupó de la preservación de su archivo cuando murió en 1873. Como escribiría Juan Valera, a su entierro no acudieron más de 10 o 12 personas. ¿Y qué pensar de lo ocu-



EL PESO ATÓMICO DE LAS VIDAS ESCRITAS

Superada la desidia con la que se trataron tradicionalmente en España, los epistolarios trascienden el interés académico para seducir a un público creciente

rrido con el romántico Enrique Gil y Carrasco? Cuando muere precozmente en Berlín (1846), sus amigos (entre ellos, Alexander von Humboldt) recogen sus papeles y cartas y los depositan en la Embajada de España. Allí quedarían, muertos de risa, hasta el bombardeo del edificio en la Segunda Guerra Mundial. A nadie le importaban.

Es mejor no pensar en la pérdida documental sobre la que se ha edificado la cultura española. La destrucción, la dejadez, la rapiña, la censura propia y ajena... Concepción Arenal quemando sus cartas enviadas a la condesa de Mina dos meses antes de morir; Manuel Murguía destruyendo la correspondencia de su esposa, la gran Rosalía de Castro, después de su muerte, porque las cartas le comprometían; la viuda de José Tarín Iglesias presumiendo de haber quemado las cartas más personales de su amigo el escritor Joaquín Montaner. Todo ello nos impide a menudo escribir como deberíamos las vidas de personajes fascinantes que cruzaron nuestra historia sin que apenas tengan entidad, más allá de los hechos escuetos de su vida.

Duele pensar en el maltrecho epistolario de Santiago Ramón y Cajal. Su hijo lo depositó íntegramente en el Instituto Cajal. Pero la mayor parte de las cartas (unas 12.000, según cálculo de su editor, Juan Antonio Fernández Santarén) se han perdido. Es decir, se vendieron en su día fraudulentamente a anticuarios, pasaron a engrosar colecciones particulares o bien fueron a parar a un contenedor cuando el Centro de Investigaciones Biológicas necesitó tener más sitio en su laboratorio. ¿Son pues papeles viejos que ocupan espacio, un objeto preferido de la rapiña nacional, una huella incómoda y pertinaz de una vida vivida y que debe eliminarse? ¿O bien las cartas vienen a ser una especie de carbono 14 de la cultura biográfica, el peso atómico de una vida humana de la cual, una vez transcurrida, nos queda tan solo la acumulación de las huellas que la sobrevivieron? Dos formas, en definitiva, de tratar el pasado y de entender la cultura, pero entre una y otra hay un mundo, el que va de la barbarie o la mezquindad al respeto y el reconocimiento del prójimo y de su mundo. Pensemos en las sabrosas cartas que han sobrevivido a la historia de amor entre Emilia Pardo Bazán y Benito Pérez Galdós.

El correo es un medio cultural fundamental: promueve la escritura, teje relaciones entre personas y comunidades y, como dijo Carlos Monsiváis, mantiene viva la esperanza. "Renuncio a tus poemas si piensas que con ellos sustituyes tus cartas; ese montón de alas estremechadas que vibran en mis manos, frescas con el rocío de nuestra intimidad", escribe una moderna y abierta Ernestina de Champourcín a Carmen Conde, dos años menor y en cierto modo su discípula. Alas estremechadas, huellas supervivientes, trozos de vida perdida que nos conectan prodigiosamente con lo que un día fue.

¿Hay placer mayor que recibir una carta de alguien a quien se ama? "Me gustaría recibir aún más cartas tuyas. Me gustaría que me inundases de palabras, que me dijese lo que ya sé pero que tanto me gusta oírte. Así, por carta, resulta menos ruborosa la confesión", escribe un joven y

ansioso Camilo José Cela a su novia, Charo Conde, el 8 de julio de 1941. La "mania epistolar" de Cela le llevaba a copiar las cartas que escribía y que por supuesto guardaba en su impresionante archivo. Casi 100.000 cartas, conservadas en la desdichada Fundación CJC y que van saliendo con cuentagotas. ¿Hasta cuándo habrá que esperar para que los investigadores puedan acceder libremente a la correspondencia del premio Nobel, imprescindible en la comprensión del funcionamiento de la cultura española durante el franquismo?

Al comienzo del artículo señalábamos el cambio de mentalidad operado en cuanto a la percepción del valor de las cartas. ¿Cuándo se produjo este cambio? Más allá de un fenómeno importante como ha sido la traducción de epistolarios escritos en otras lenguas —un hecho decisivo pues nuestra cultura es fundamentalmente una cultura de importación, que también operó en otros géneros como el diario o la autobiografía—, diría que fue la publicación del epistolario entre Jorge Guillén y Pedro Salinas, editada por Andrés Bello Olmedo. Una importante apuesta de la editorial Tusquets, pero también de la Dirección General de Investigación Científica y Técnica (DGICYT), que abrió el horizonte historiográfico a los especialistas en la generación del 27 y al público cultivado: ahí teníamos a dos grandes poetas y dos grandes amigos a los que solo conocíamos hasta entonces por sus versos volcando en la intimidad de sus cartas muchos años de vida literaria, de opiniones contundentes, voluntades, exilio, amores, logros e insatisfacciones. La publicación (1992) coincidió con la maravillosa explosión memorialística de los años ochenta y noventa, que nos permitió recuperar una experiencia colectiva hasta entonces severamente deturpada.

¿Qué ocurrirá en un futuro inmediato? Las cartas viajaron en el pasado de todas las formas imaginables. Fueron en manos de un mensajero a pie o a caballo, en recuas de acémilas, diligencias, carruajes de tiro, trenes, aviones, barcos. Metidas en sacos, perfumadas y con bellos adornos en el papel, envueltas dentro de una botella echada al mar por pura desesperación. El siglo XXI ha revolucionado, una vez más, el formato del correo. Las nuevas tecnologías

Duele pensar en el maltrecho epistolario de Ramón y Cajal. La mayor parte se ha perdido

A los biógrafos nos queda mucha reflexión por delante dada la labilidad de la escritura digital



conceden de nuevo a la escritura (correo electrónico, SMS, WhatsApp, Telegram, redes sociales) un espacio impensable hace unos años, cuando el teléfono era el medio hegemónico de comunicación. A medio camino de lo oral, lo escrito y lo visual (gracias a los emoticonos), el correo digital fluye torrencialmente. Con su inmensa variedad de recursos, es fruto de una creativa mutación que nos permite mantener viva la esperanza de contactar con el ausente y de tejer, o destejer, lazos con él. Incluso con los muertos, como hace Vicente Molina Foix en *El joven sin alma*, o bien Cecilio de Oriol y José Lázaro en *El alma de las mujeres*.

Tampoco la novela epistolar murió porque nunca dimos tanto valor a las cartas. ¿Cómo no aprovechar ese interés para fundar un museo nacional dedicado a promover el conocimiento de correspondencias y legados personales? ¿Cómo no hemos preparado todavía una antología con las mejores cartas escritas en castellano para ofrecer a los estudiantes un modelo histórico-literario y un estímulo humano? A los biógrafos nos queda mucha reflexión por delante dada la labilidad de la escritura digital, pero no parece que el futuro sea menos interesante que el pasado, cuando las cartas servían para envolver el pescado. Siempre se ha trabajado así, con lo que queda del día, por decirlo con Kazuo Ishiguro. Lo que queda, nunca lo que fue.

'Cartas a Mercedes'. Miguel Espinosa. Alfoaque, 2017. 720 páginas. 25 euros.

'Epistolario'. Gerardo Diego y Juan Larea. Residencia de Estudiantes, 2017. 1.050 páginas. 25 euros.

'600 libros desde que te conocí'. Virginia Woolf y Lytton Strachey. Traducción de Socorro Giménez. Jus ediciones, 2017. 128 páginas. 4,50 euros.

En la página anterior, de izquierda a derecha: Miguel Espinosa, Mercedes Rodríguez y Francisco Guerrero (esposo de Mercedes). Sobre estas líneas, Gerardo Diego (izquierda) y Juan Larea. ARCHIVO MIGUEL ESPINOSA / FUNDACIÓN GERARDO DIEGO

'Tuitepistolarios' y cibercartas

POR ALBERTO MANGUEL

Las primeras cartas que conocemos se remontan a más de 4.000 años y proceden de la región que ahora llamamos Irak, donde fue inventada la escritura. Desde sus comienzos, el género epistolar trató los mismos temas que ocupan hoy nuestros tuits y nuestros *e-mails*: dar cuenta de la vida privada y pública, de amistades y amores, de transacciones comerciales y políticas, de banalidades y de asuntos decisivos. También ofrecían pruebas del triunfo de la escritura sobre las limitaciones del tiempo y del espacio. "Bulattal me ha traído tu mensaje", reza una carta escrita en Mesopotamia a principios del decimoséptimo siglo antes de Cristo y enviada desde los montes de Zagros a un corresponsal en la aldea de Shemshara. "Tus palabras me han llenado de placer. Tuve la impresión de que tú y yo nos habíamos encontrado y que nos habíamos abrazado". La misiva del amigo ausente convirtió a su lector en un hechicero capaz de cruzar fronteras y transportarse al pasado.

También, desde sus inicios, el género epistolar fue entendido como la fuente esencial de noticias del momento, equivalente a nuestra información virtual, capaz de satisfacer nuestra ansia de saber en todo instante lo que está ocurriendo a nuestro alrededor. En el siglo I, Plutarco aconsejaba poner un freno a esta curiosidad chismosa. "Deberíamos acostumbrarnos, cuando nos traen la correspondencia, a no abrir las cartas al instante, con premura, ni a cortar las cintas con los dientes, como hace tanta gente, si no lo gran hacerlo de inmediato con los dedos". Plutarco, si viviese ahora, sin duda desaconsejaría responder a los *e-mails* al instante, y tener siempre encendido nuestro *smartphone*.

Contemporáneo de la Revolución Francesa, Chateaubriand justificaba la ansiedad epistolar sólo en el caso de la correspondencia amorosa. "Al principio, las cartas son largas, ardientes, múltiples; el día no basta; escribimos a la puesta del sol; trazamos algunas palabras al claro de luna, confiando a sus rayos castos, silenciosos, discretos la tarea de cubrir con su pudor mil deseos. Nos hemos despedido al amanecer, al amanecer buscamos las primeras luces para escribir lo que creemos haber olvidado decir".

Amoroso, comercial, político: los géneros epistolares son muchos. De todos ellos, quizás el literario sea el más curioso. Los amantes, los hombres de negocios, los científicos escriben cartas para informar de sus sentimientos, transacciones y descubrimientos sin preocuparse mayormente de un público futuro, anónimo y vasto. Los escritores, en

cambio, deben intuir que aún su correspondencia más íntima, más privada, será leída por quienes no tienen mayor derecho a hacerlo. Algunos son expresamente conscientes de esta publicidad póstuma, como Cicerón o Petrarca. Pero ¿sospecharía Joyce que un día un público impúdico leería sus escabrosas confidencias amorosas a Nora, su mujer? ¿Kafka sabía que admiradores futuros analizarían con minucia sus angustias existenciales? ¿Podemos afirmar si Flaubert escribía con un ojo en su amante, Mademoiselle de Chantepeite, y otro en los aún inexistentes lectores de *Madame Bovary*? Nabokov decía que un escritor que da a conocer sus borradores es como alguien que nos muestra los mocos en su pañuelo; seguramente hubiese dicho lo mismo de quienes aceptan dar a la imprenta sus cartas personales.

Sin embargo, cuestiones morales, límites éticos no tienen mucho peso en los archivos y bibliotecas de nuestro mundo. Cuando amamos a un escritor queremos conocer todo lo que ha escrito, hasta sus grafitis en las paredes de un baño público. ¿Qué fanático de Emily Dickinson se privaría de husmear en su correspondencia secreta? ¿Qué devoto de Borges se negaría a leer su brevisimo carteo amoroso? Estos epistolarios son considerados por el público lector como promesas de revelaciones en las que un día, quizás, algunos pocos electos encontrarán la clave del misterio de una obra que juzgan trascendental.

En la era electrónica, el problema es menos por qué conservar las cartas de un escritor que cómo hacerlo. Desde que dejamos de escribir nuestras misivas a la pluma o a máquina, y las confiamos ya no al fiel cartero sino al anónimo ciberspacio, nuestros epistolarios existen en el paradójico universo de lo eternamente memorioso y de lo instantáneamente fugaz. ¿Cómo lograr entonces preservar para investigadores futuros las semillas de las obras que nos importan, y que tal vez se hallen en los *e-mails* privados de Javier Cercas y en los tuits públicos de Margaret Atwood? A menos que el escritor precavido las conserve electrónicamente, las instituciones que sirven de archivos a los legados literarios deben encargarse de hacerlo, y en varias bibliotecas nacionales y universitarias ya se están probando esperanzadas estrategias que proponen a los escritores filtrajes y sistemas de copia adecuados para la consulta futura de su correspondencia. Quizás así se pueda prever que en años por venir, esta tecnología, donde cada última versión de un texto es considerada última, recupere la habilidad que tenían las tecnologías del pasado de preservar, junto al texto definitivo, su oculta y fragmentaria biografía.

EN PORTADA

Querida historia, te escribo desde la guerra

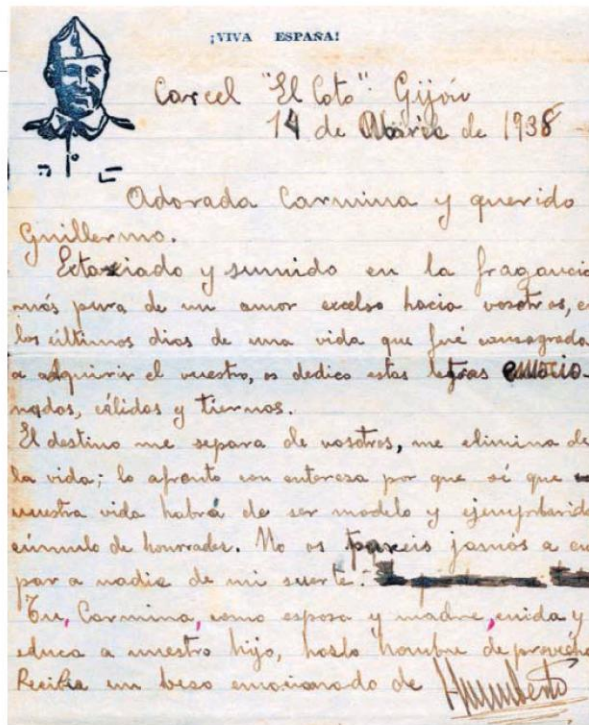
La correspondencia de soldados nutre libros que ahondan en el lado más humano de los trágicos episodios del último siglo

POR TEREIXA CONSTENLA

A caso las vidas de Toyofumi Ogura y Humberto Alonso Pérez son menos historia que las del emperador Hirohito y Franco? Durante algunos siglos los historiadores marginaron las vidas minúsculas para volcarse en las capitulares del poder. Vista así, la guerra era una historia de planes, escaramuzas, estrategias, generales, glorias y derrotas. Los soldados eran una magnitud, una cifra en el campo de batalla. "La gente a la que se refiere la historia solo aparece como figuras accesorias, como un telón de fondo, como una masa oscura en el trasfondo de la escena", escribe Hans Magnus Enzensberger.

Este camino historiográfico tuvo su daño colateral, en opinión de la historiadora francesa Sabina Loriga. Durante la Primera Guerra Mundial, la mayoría de los historiadores políticos "fueron incapaces de comprender las graves tensiones sociales que perturbaban a Alemania y Europa en general".

Hay una historia oficial sobre el 6 de agosto de 1945, cuando Hiroshima perdió el 90% de sus edificios y el 25% de sus habitantes en media hora. La destrucción y la enfermedad seguirían creciendo mucho después del estallido de *Little Boy* y de la rendición del emperador Hirohito. Los estadounidenses midieron el impacto de la catástrofe que ellos mismos habían causado: 306.545 damnificados. En los informes, sin embargo, no se perciben el miedo, la incredulidad o el dolor de los vecinos de Hiroshima, protagonistas forzados de la hecatombe. Para ello conviene leer las cartas que Toyofumi Ogura (1899-1996) escribió a su esposa Fumiyo: "Cuanto más avanzaba, más me empeñaba en seguir la enseñanza de los tres monjes de no ver el Mal, no escuchar el Mal y



Arriba, carta de despedida del prisionero republicano Humberto Alonso Pérez a su esposa, Carmina, y a su hijo, Guillermo, desde la cárcel de El Coto (Gijón), el 14 de abril de 1938, un mes antes de ser fusilado. Debajo, soldados alemanes leen en una trinchera durante la Primera Guerra Mundial. MUSEO DEL PUEBLO DE ASTURIAS. QUJÓN CORRESPONDENCIA FAMILIAR DE HUMBERTO ALONSO PÉREZ / CORDÓN PRESS

no decir el Mal', y evitaba hablar con nadie. Después de tocar el cadáver de aquella mujer al final del puente del tranvía, río abajo desde el puente Kyobashi, decidí añadir un cuarto mono sabio que indicaba 'no tocar el Mal'.

Ogura, profesor de historia en la Universidad de Hiroshima, escribió 13 cartas que ya nunca leería su destinataria: "Justo después de la catástrofe me sentí poseído por la sensación de tener que informar a mi esposa, víctima de la bomba, de los hechos posteriores a su muerte, aun sin saber absolutamente nada del arma nuclear ni de la enfermedad causada por las radiaciones". Tras superar la censura de las fuerzas aliadas —Japón era un país ocupado desde su capitulación en 1945—, se publicaron en 1948.

Cartas desde el fin del mundo fue el primer relato personal sobre la bomba atómica y en pocos meses tuvo que reeditarse en seis ocasiones ante el interés que despertó. Ogura cuenta sus experiencias, sus observaciones, sus sentimientos. De su mano se recorren caminos transitados por seres corrientes heridos, noqueados, fantasmagóricos, que deambulaban por una ciudad de ruinas. Una verdad íntima que comparte.

Como fuente primaria, las cartas están ligadas a la historia desde su

origen —Plinio el Joven narra la destrucción de Pompeya por la erupción del Vesubio en el año 79 en una carta al historiador Tácito—, aunque sin el peso que han alcanzado en las últimas tres décadas. "Ahora son el punto de partida, y no solo un instrumento de segundo orden, para hacer un análisis histórico de la cultura popular y explorar campos de la historia social que de otra forma no podríamos", señala Guadalupe Adámez Castro, autora de *Gritos de papel*, una historia sobre el exilio español trabada sobre los escritos de stípica de republicanos. Cartas que daban o restaban vida, como relataba Eulalio Ferrer, preso en un campo de internamiento en Francia: "La correspondencia es un elemento vital de nuestro presente destino, significa tanto o más que la comida. Es el lazo que nos une con el mundo, contribuyendo a acentuar o disminuir nuestras incertidumbres".

En una guerra, sostiene José Álvarez Junco en el prólogo de *Voces desde la trinchera*, "ignoramos cómo vivían los soldados aquella experiencia, qué pensaban, cuánto se creían del charrón retórico que les caía encima, cómo aceptaban aquellas penalidades". En este libro, James Matthews, miembro del Centro de Estudios de la Guerra de la Universidad de Dublín, estudia cartas escritas entre 1938 y 1939 por efectivos del Ejército de Andalucía, como Manuel Cantudo: "(...) si me vieras descalzo, andando con la planta del pie, y estoy harto de decirselo al teniente, y me dice que no hay calzado".

La publicación de epistolarios ayuda a rastrear el sentir de los soldados de la Wehrmacht —el correo militar alemán transportó durante la guerra 3.000 millones de cartas y paquetes—, el de los resistentes condenados a muerte por los nazis en Francia o el de los prisioneros del campo de concentración de Mauthausen. "La carta es un documento privado que permite contrastar el discurso del poder con el de los seres de carne y hueso que no tuvieron poder y, por otra parte, nos permite adentrarnos en el corazón de la gente para saber cómo vivieron los acontecimientos. El auge tiene mucho que ver con el egodocumento, cuando los historiadores empiezan a usar diarios, memorias y cartas", señala Verónica Sierra Blas, miembro del Seminario Interdisciplinar de Estudios sobre la Cultura Escrita de la Universidad de Alcalá de Henares y autora de dos libros sobre el siglo XX español dedicados sobre el género epistolar.

El primero, *Palabras huérfanas* (Taurus, 2009), reconstruyó la historia de los 30.000 niños españoles exiliados durante la Guerra Civil en Francia, Bélgica, Inglaterra, México o Rusia a partir de sus cartas y diarios. El segundo, *Cartas presas*, se introduce en el interior del sistema penitenciario durante la guerra y el franquismo a través del estudio de 1.500 misivas. El remitente de una de ellas es Humberto Alonso Pérez, que escribió desde la cárcel de El Coto, de Gijón, el 14 de abril de 1938, un mes antes de ser ejecutado, a su esposa, Carmina, y a su hijo, Guillermo: "El destino me separa de vosotros, me elimina de la vida; lo afronto con entereza porque sé que vuestra vida habrá de ser modelo y ejemplaridad, cúmulo de honradez. No os paréis jamás a culpar a nadie de mi suerte". La historia con otros nombres y apellidos.

LIBROS

Ruegos y adioses

Gritos de papel. Las cartas de súplica del exilio español (1936-1945). Guadalupe Adámez Castro. Comares, 2017. 232 páginas. 22 euros.

Cartas presas. La correspondencia carcelaria en la Guerra Civil y el franquismo. Verónica Sierra Blas. Marcial Pons, 2016. 364 páginas. 25 euros.

Cartas desde Mauthausen. Benito Bermejo y Sandra Checa. Espasa, 2016. 256 páginas. 19,90 euros.

Cartas de la Wehrmacht. La Segunda Guerra Mundial contada por los soldados. Compilación de Marie Moutier. Traducción de Lara Cortés. Crítica, 2015. 360 páginas. 22,90 euros.

Voces de la trinchera. Cartas de combatientes republicanos en la guerra civil española. James Matthews. Alianza, 2015. 272 páginas. 18,40 euros.

Cartas desde el fin del mundo. Por un superviviente de Hiroshima. Toyofumi Ogura. Traducción de Laura Cores. Pasado y Presente, 2012. 248 páginas. 22 euros.

Vivir a muerte. Últimas cartas de fusilados (Francia 1941-1944). Compilación de Guy Krivopissko. Traducción de Dánae Barral. Barril & Barral, 2009. 312 páginas. 24 euros.